

Desastres orientales

Juan Antonio Isla Estrada

Hace tres años y medio cuando un potente terremoto de 7.9 grados de magnitud en la escala abierta de Richter sacudió la isla indonesia de Sumatra y provocó un tsunami, dejando más de 200,000 muertos y desaparecidos y cientos de miles de personas sin hogar, fue el preludio de una serie de sacudidas de la tierra que han dejado una estela de devastación y muerte en un lejano oriente en cuyas regiones permanecen regímenes antidemocráticos y en donde la naturaleza parece ensañarse con toda su fuerza y crueldad.

Un terremoto similar a aquél que provocó olas gigantescas ocurrió en la suroccidental provincia china de Sichuan el pasado lunes 12 de mayo y ha dejado hasta la última información una cifra de 32,477 muertos y más de 200 mil personas heridas.

Myanmar (antes Birmania), uno de los diez países más pobres del mundo, sufrió a principios de mayo el paso del ciclón 'Nargis' y el número de víctimas que se reportan es de casi 38 mil muertos, decenas de miles heridos y desaparecidos.

El fenómeno meteorológico entró a Myanmar por las costas de la Bahía de Bengala y golpeó cinco entidades, provocando una gran cantidad de muertos y severos daños en la precaria infraestructura del país. La junta militar que gobierna Myanmar no advirtió a la población del desastre, rechazó en un principio la ayuda humanitaria que terminó acogiendo, pero negó la entrada al país de rescatistas extranjeros, argumentando que prefería utilizar su propia fuerza.

Las calamidades que azotan a estos países asiáticos tienen sus propias características y diferencias. La junta militar de Myanmar y el gobierno chino han estado bajo la mirada de organismos internacionales y el cuestionamiento de naciones que no están de acuerdo con el régimen que representan, por las sospechas y evidencias sobre su política de falta de respeto a los derechos humanos y, en el caso de la ex Birmania, por la corrupción y riqueza de quienes detentan el poder, en contraste con la pobreza del pueblo.

En este país existe una mayoría budista. El silencio es la respuesta a la desgracia y a una realidad política que observan con desesperación y una paciencia que se agota. La junta militar, sabedora que la comunidad internacional la rechaza, está obstaculizando en gran medida la entrada y distribución de la ayuda extranjera. Su paranoia es superior a la tragedia a la que no saben cómo enfrentar.

El gobierno ha retrasado la celebración de un plebiscito sobre la futura Constitución hasta el próximo 24 de mayo en regiones afectadas en donde habita aproximadamente la mitad de la población. La consulta pública es parte de una hoja de ruta que conducirá a la celebración de elecciones democráticas en 2010, en las que está impedida de participar la Premio Nobel de la Paz, Aung San Suu Kyi. Como antecedente, cabe mencionar que esta Junta no reconoció el resultado de los comicios celebrados en 1990 cuando la coalición opositora, encabezada por Suu Kyi, obtuvo el 82% de los votos.

La líder birmana se encuentra desde 1989 bajo arresto domiciliario. La cuestión política ha pasado a un segundo plano. Por ahora la supervivencia es el tema central. Un comerciante califica así la situación del país: "la gente es cada vez más pobre y el gobierno más rico". Pero el gobierno está asustado. El mundo ha mirado de nuevo a ésta región y los gorilas se mueven nerviosos en sus jaulas. Pero no hacen nada por resolver los problemas apremiantes de la población. Nadie sabe cómo se van a solucionar los problemas del suministro de electricidad, las comunicaciones interrumpidas y la falta de transporte, la sanidad y los servicios educativos que se han suspendido. Lo que menos importa por ahora es la votación del plebiscito. Según una nota de la agencia Apro, un ciudadano de Myanmar ha dicho "No quiero siquiera votar en el

referéndum; los odio. Este gobierno no se rige por ninguna ley internacional, no acepta ningún protocolo y aquí no existe absolutamente ninguna justicia”.

Lo cierto es que la mitad de la población vive por debajo del umbral de la pobreza y es víctima de una implacable y permanente escalada de precios, subrayada como consecuencia del ciclón ‘Nargis’. Los principales aumentos en los precios se dan en la gasolina, que además está racionada en las ciudades. La espectacular subida de los precios de los combustibles (hasta de un 500%) ocasionó las protestas de los monjes budistas por todo el país en septiembre de 2007, en lo que se denominó la ‘Revolución Azafrán’ que terminó con cientos de muertos y miles de monjes en la cárcel.

La pésima respuesta gubernamental ante la tragedia ocasionada por ‘Nargis’ es una terrible muestra más de la indiferencia de la junta militar hacia la población, en un país que estaba destinado a ser la joya del sureste asiático.

Por su parte, China es uno de los países en donde se producen mayores violaciones de derechos humanos y se vulneran tratados internacionales, con ejecuciones, torturas, aprehensiones y arbitrariedades, desalojos forzados, restricciones a la libertad de expresión y otros graves abusos.

Cada año los organismos internacionales a favor de los derechos humanos documentan quejas e investigan sobre decenas de miles de personas que continúan siendo detenidas y llevadas a prisión en donde reciben tortura y maltratos. Miles de personas son condenadas a muerte o ejecutadas, muchas de ellas tras juicios sumarios y sin las mínimas garantías.

El autoritarismo del régimen chino prohija los desalojos forzados y la incautación de tierras sin indemnización justa y el gobierno sigue utilizando la 'guerra contra el terrorismo' como pretexto para justificar la represión contra la comunidad uigur en Sin-kiang. En el Tíbet y otras zonas de creencia tibetana la libertad de expresión y de religión continúa gravemente limitada y la represión política y el genocidio son hechos de los que nos hemos ocupado en otras ocasiones.

No quiero decir que una especie de castigo está cayendo sobre estas regiones. ¿Qué culpa tienen las ahogadas indonesias, los desaparecidos birmanos y los presos chinos de sus pésimos gobiernos? Pero las calamidades que se suceden en aquellas remotas regiones del mundo obligan a mirar hacia allá y representan llamadas de atención a la comunidad internacional para que se ejerza presión sobre gobiernos autoritarios y opresores y que, hundidos en su soberbia e ineficacia, no han sabido dar respuesta a la tragedia que se cierne sobre sus pueblos.

<http://www.RadioAyohui.com>